

El amanecer pausado

Lucho Polka



Capítulo 1

A las ocho de la mañana de un martes, tenía una entrevista de trabajo cerca de la estación Cuatro Caminos, la terminal de la línea 2 del Metro.

En mi trayecto, ya dentro del tren, iba bostezando mucho y después de un rato, logré algo que siempre me ha parecido difícil: quedarme dormido de pie. Cuando desperté, el tren ya estaba vacío. No me preocupé, porque de todas formas sabía que estaba en la terminal, que era mi destino; o eso creía hasta que salí del vagón.

Al abandonarlo miré alrededor y noté que no estaba en Cuatro Caminos. Como nadie me despertó, me fui más allá de la terminal, y descubrí lo que creía que sólo era una leyenda urbana: la estación Transmisiones Militares.

Tuve muchas sensaciones. Eran ya las ocho con cinco minutos. Me preocupé porque llegaría tarde a la entrevista, pero de a poco ese sentimiento de ansiedad se fue desvaneciendo.

Estaba emocionado por haber descubierto algo que pocos sabían, y todo por quedarme dormido. Recorrí por un rato el andén y observé que en las paredes, en lugar de encontrar la típica publicidad que siempre está, había imágenes alusivas al Ejército. Del lado donde caminaba, vi fotos de los soldados apoyando a la población en desastres naturales.

Del lado opuesto, estaban colocados los carteles de propaganda del gobierno mexicano, haciendo mención del Escuadrón 201, que participó en la Segunda Guerra Mundial apoyando al Ejército Estadounidense. Parecía que en verdad ese sitio estaba controlado por la Armada de México, y que esa leyenda que tanto había escuchado era verdad.

Transmisiones Militares era una estación como cualquier otra del Metro, aunque encontré algunos detalles raros: un montón de rosas regadas por el suelo; aroma de mar; arena en el piso, que lo hacía más resbaloso; y una que otra cachanilla, esas bolas de hierba seca que están en algunas carreteras. Todo eso me recordó al norte, a Ensenada. De pronto, llegó un tren del lado contrario de donde me bajé.

Al parecer ese convoy sí venía de los talleres del Metro. Suponía que iría hacia Tasqueña, la otra terminal de la línea. El tren se detuvo y dentro de la normalidad de todo ese escenario de rareza, estaba vacío. Claro, apenas llegará a Cuatro Caminos para que la gente

comience a subir, supuse.

Luego de detenerse, se abrieron las puertas que no deben abrirse nunca al llegar a una estación: las que están del lado a las vías y no las que están del lado del andén. Pensé que el conductor era un pendejo, hasta que la vi a ella caminando por el tren totalmente sorprendida.

El conductor en ese momento pasó de ser un pendejo, a ser la persona más venerable del mundo, después de la pasajera que venía en ese convoy. Me encontraba con un viejo amor en uno de los escenarios más extraños, y todo gracias a que me quedé dormido. Estaba en sueño lúcido.

La ambientación norteño-romántica cobraba sentido. Ella estaba ahí parada, con su cabello largo, su tez blanca, sus labios rojos y su sonrisa, a unos pasos de mí. La distancia es uno de los tantos problemas que separa a los amores, en ese momento sólo nos separaban las vías.

Capítulo 2

—¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¡Brinca y dime qué es todo esto! —Me gritó con bastante desesperación y deseo del salir del sitio.

Ella creía que por ser chilango sabría todo acerca de cualquier lugar de la ciudad, pero la realidad es que de igual forma, me encontraba muy impactado por todo el contexto. Estaba muy cerca de ella, aunque saltar no garantizaba que cayera en el vagón. Un salto fallido era un alto riesgo de quedar electrocutado, si caía en la barra que conducía la electricidad. Por un momento pensé en ir al otro lado del andén, por la escalera de cambio de vía; sin embargo pasó poco tiempo para que se escuchara el tono que indica el cierre de puertas.

—¡Güey, no mames! ¡Brinca ya! ¡No quiero estar sola sin saber a dónde voy —Seguía gritando, todavía más desesperaba.

—Ok, ahí voy —le respondí con una voz bastante temblorosa y con una inseguridad tremenda.

Cuando por fin me decidí a brincar, iba llegando otro tren del lado de donde me bajé. Supongo que venía desde Tasqueña. A la distancia se le sumaban obstáculos: o quedaba electrocutado, o me arrollaba el tren, o me electrocutaba y luego el tren se encargaría de no dejar rastro de mi existencia, aunque ya no me importaba nada; si no brincaba, de todas formas quedaría muerto, por no estar junto a ella. Ya sin pensarlo mucho, decidí dar un salto sin ir directamente al vagón. Primero brinqué hacia el centro de las vías, luego ella me dio la mano y me jaló hacia dentro, mientras la puerta se iba cerrando dramáticamente. Yo no sé si valía más salvarla de la soledad, o que ella me salvara en ese instante de morir. Sólo sabía que nuevamente tenía su mano con la mía después de mucho tiempo, y que en ese momento nos estábamos salvando mutuamente.

—¿Qué acaso vimos la misma película anoche? —Exclamó ella, estando los dos dentro del vagón.

—No pues, yo creo que sí.

—No mames, está muy chingón todo esto, aunque la sensación es algo extraña; quiero despertar, hay algo de miedo en mí, pero al mismo tiempo no quiero salir de aquí.

—Si quieres podemos pasear un rato por el centro, y luego te llevo al aeropuerto para que vuelvas a Ensenada, si es que las cosas funcionan así en este universo.

—Arre, me parece bien.

Capítulo 3

Comenzaba a explicarle que pasaríamos por unas cuantas paradas antes de llegar al Zócalo, y que en la estación inmediata, la gente nos tomaría como unos idiotas por habernos quedado en el tren, después de la terminal. Ella se empezó a reír, dijo que sería algo muy gracioso ver todo eso. Pasaron unos cuantos minutos y el camino me hacía quedar mal, porque parecía que no tenía fin.

El tren avanzaba, pero iba en descenso. Si mirábamos atrás podíamos ver que el resto de los vagones estaban bajando. Empecé a suponer que ese era un camino alternativo debajo de la línea normal.

Llegaron los silencios incómodos, llenos de dudas y miedo. Llegué a pensar que alguna falta muy grave habíamos cometido, y por eso estábamos en un tren sin destino y nuestro castigo era ser pasajeros en un viaje infinito. Mi único pecado era haber convivido con ella muchos años y nunca haberle dicho lo que sentía y nada más.

De ella podía intuir las cruces que cargaba en su conciencia, aunque sólo eran eso, suposiciones. Intenté calmarla con una de esas órdenes o consejos idiotas que no resuelve nada: le dije que no tuviera miedo, que eso no era una tumba con ruedas y que saldríamos de ahí, en algún momento.

Ella tenía más sentido de la aventura que yo, y sugirió matarnos, para despertar. Una acción muy lógica en ese universo.

—Oye, si nos aventamos a las vías, puede ser que terminemos muertos aquí, pero despiertos en la vida real —dijo, ya con los ojos llorosos.

—Pinche loca, no mames —le dije con incredulidad, pero al mismo tiempo asombrado por la solución que proponía.

—Güey, ¿qué otra cosa se te ocurre?

Después de su pregunta, claro que se me ocurrían muchas cosas. Yo sería feliz con ella viviendo en un tren sin rumbo, eso tenía en mis pensamientos, pero luego me resigné a la realidad del momento. Me acerqué a una de las ventanas del tren y con su ayuda la retiré. Aquello ya era una puerta para regresar a la realidad, o no. Nos paramos sobre los asientos viendo el fondo negro del túnel, con los ojos llorosos los dos. La tomé de la mano, y aproveché para decirle lo que por tanto tiempo me callé:

—No pues, la neta pase lo que pase, quiero decirte que siempre te aprecié, siempre te quise mucho. Tendrás un buen día en tu trabajo, despertarás en tu cama y volverás a la rutina habitual.

—Ah, órale, no pues está bien, ya que importa...

Luego de mi declaración, sólo obtuve esas seis palabras y un rostro de sorpresa. Pasado poco tiempo de la temerosa confesión —temeroso por morir, o nunca poder salir de ahí, y no por el rechazo inmediato que podría tener—, el tren se detuvo y gracias a Dios no dentro del túnel, sino en una estación.

Al llegar, ella se empezó a reír, y pues claro, había quedado exhibido como un pendejo, y como alguien que ni siquiera conocía el lugar donde vivía. Justifiqué esa declaración diciéndole que me encontraba muy nervioso, luego me dijo que no había problema.

Capítulo 4

Ahora estábamos en la estación Palacio Nacional. Para ella era un lugar más del Metro; para mí no. A menos que a esa parada le hayan cambiando el nombre, y ya no tuviera el nombre de Zócalo, todo podía tener sentido, pero por obviedad eso no era posible. De alguna forma lo hubiera notado, pues es un trayecto que diario uso. Sabía que harían una remodelación afuera, en la plaza, y ya. Yo seguía impresionado y ella no paraba de reírse. Me decía que me calmara. Le empecé a explicar que estábamos en un túnel secreto del Ejército y que la estación en donde ella apareció, así como en la que estábamos caminando, no son abiertas al público en general.

—Esta cosa es una joya de la arquitectura, la supieron hacer pese al tipo de suelo. Y mira, cuidaron cada detalle. ¡Mira esos restos prehispánicos! ¡Parece una continuación del templo mayor! —Le hablaba muy emocionado, tratando de hacerle notar que estábamos viviendo un momento que difícilmente se volvería a repetir.

—Vaya que es muy bonito todo esto, aunque ya quisiera ir afuera —dijo ya sin desesperación, únicamente tenía curiosidad de seguir conociendo el sitio que el sueño le había presentado.

Caminamos hacia la salida, siguiendo los señalamientos. El nombre de la estación sugería que al abandonarla, estaríamos dentro del Palacio Nacional, a menos que saliéramos por otro lugar cercano y por otro túnel. La verdad podía esperar cualquier cosa. El camino recorrido en las escaleras nos condujo al patio central del Palacio. La fuente del Pegaso que se encuentra en el centro de ese patio, se había levantado a través de un mecanismo y esa fue la salida. Al estar afuera los dos, la fuente poco a poco fue regresando a su posición normal, y comenzó a llenarse de agua.

Capítulo 5

Abandonamos el palacio por la puerta principal, luego salimos a la plaza, al Zócalo. Se encontraba totalmente vacío, y al igual que en Transmisiones Militares, estaba lleno de rosas y cachanillas, y aquí había una que otra piedra. Ella corrió como una niña, y empezó a aventar las rosas que se encontraban en el suelo. Me quedé quieto por un momento, contemplándola. Me acerqué y le puse una rosa sobre su oreja. Por primera vez en mucho tiempo de conocerla, la vi sonrojada. Pensaba que era algo imposible en una mujer con tanta seguridad como ella. La invité a caminar sobre la calle de Madero. Esa calle me gustaba recorrerla solo, normalmente. Lo que me atraía de pasear ahí, es que siempre hay mucha gente y una gran variedad de personajes; sin embargo, en esta ocasión sólo estaba con ella, y eso bastaba, eso hacía hermosa la calle.

Al caminar, hablábamos de su rutina actual. Me sentía en una entrevista; yo hacía más preguntas a ella, que ella a mí. Trataba de evitar a toda costa hablar de mi vida, si es que a eso se le podía llamar vida. Miré de reojo para atrás, y en el Zócalo se encontraba un barrendero recogiendo las rosas y las cachanillas del suelo. En uno de los botes de basura estaba pintado el logotipo institucional del municipio de Ensenada. Una locura. Empezaba a comprender que conforme íbamos avanzando, la ciudad volvía a su entorno habitual, pero con unos toques muy raros. Fue muy productivo caminar. Si hubiéramos estado quietos, el silencio podría haber sido protagonista. No es lo mismo vivir una cita en un café o cualquier otro lugar, que caminar por un sitio. Si se conoce el sitio o se tienen buenos o malos recuerdos ahí vividos, se puede prestar para generar una buena charla; la ciudad me estaba dando un gran regalo. Seguíamos caminando y vimos a un organillero en la esquina de la calle de Palma con Madero. A ella le parecía muy curioso el instrumento que cargaba el señor. Le dije que tocaba era un organillo, que por eso se les llamaba organilleros y también le comenté que son muy emblemáticos en el centro de la ciudad. A la distancia no me percataba cuál era la melodía que estaba tocando. Cuando nos acercamos me di cuenta que sonaba una canción poco común en esos instrumentos. El alma del organillo fue poseída por un acordeón: el señor tocaba una canción de Intocable. Identificamos la melodía y cantamos un fragmento:

A mí no me importa si vuelas o no, pero estoy seguro que tarde o temprano me darás tu amor, pues cuando me acerco oigo que se agita tu respiración. Estás que te pelas porque te dé un beso, no digas que no.

Luego de cantar, bailamos y nos abrazamos. No me atreví a besarle la boca; sólo le besé la frente.

Capítulo 6

Seguimos avanzando, estábamos por llegar a la calle de Isabel La Católica, y le comenté una anécdota acerca de un mal recuerdo.

—Aquí en Isabel la Católica, hace poco me robaron —le dije.

—Ah pues es la calle de las putas aquí en el DF ¿no?, debe de ser un lugar de mala muerte.

—No, eso es por La Merced, también sobre Tlalpan y otros lados, pero aquí no. Sólo encontré hijos de puta; putas no.

—Ja, ja, ja, no mames, y ¿qué te quitaron?

—Mi celular, y ahí estaban guardados unos textos que escribí hace mucho tiempo —iPutra madre!, dentro de esos escritos había un texto inspirado en ella, no se lo dije—. No recuerdo tener más copias en otro lado. También en esa tienda Zara que ves en la esquina, me negaron trabajar.

—¡Qué ojetes! Por lo que veo, no te trae buenos recuerdos esta calle.

—Bueno, lo del asalto sí fue aquí en Isabel la Católica; pero más adelante, no aquí en Madero. Lo único malo fue lo de Zara. Me mandaron un pinche correo diciéndome que no cubría el perfil y más pendejadas.

—¡Qué poca madre! —Volvió a solidarizarse conmigo, maldiciendo.

Después de maldecir se acercó a esa tienda, a Zara, y la miró por un momento. Pensé que estaba viendo la ropa exhibida en los aparadores de la calle, pero no. Se agachó, levantó una de las piedras que estaban en el suelo y la lanzó contra el vidrio de la tienda.

—¿Qué chingados haces, morra? —Le comenté con sorpresa y sonriendo, aunque con un sentido de alerta por su ocurrencia vandálica.

—Tómalo como un regalo, seguramente quisiste hacer lo mismo contra estos, cuando te mandaron a la chingada —dijo mientras me guiñaba el ojo.

Ya no había vidrio en el aparador, sólo estaban los maniquís. Rompió el aparador de junto, el que exhibía la ropa para mujeres. En el de los hombres estaba un maniquí con una camiseta que tenía estampada la leyenda «California Republic», inspirada en la bandera de aquel estado gringo. Qué bueno que rompió el otro aparador, posiblemente si rompía el de los hombres, ella hubiera aparecido en ese momento en la frontera. No

lo sé, cualquier cosa era posible...

—Saquemos nuestro lado chairo, ivamos a desmadrar la tienda!

—Exclamó ella.

—Arre —le dije sonriendo, y seguro de dejar nuestra huella en el lugar.

Desde hace mucho tiempo tenía esa fantasía destructiva, y que mejor que hacerla con ella. Le di una patada a la tablaroca que adornaba ese aparador y cayó muy fácilmente. Estábamos dentro de la tienda; sin embargo, al estar ahí, la cordura volvió a nosotros: ella empezó a observar con detalle la mercancía. Era como si le doliera destruir ropa que le gustaría ponerse. Ella y yo nos quedamos viendo fijamente unos tacones negros. Los tomé y se los regalé. Se despojó de sus Converse verdes y calcetas, para salir elegantemente entaconada, por el mismo lugar donde entramos. Apenas dimos unos pasos y uno de sus zapatos se atoró en la tapa de una alcantarilla, que tenía escrito un texto curioso: «Plaza Marina 1995, Ayuntamiento de Ensenada».

Capítulo 7

El bote de la basura, la camiseta californiana, y esa absurda coladera eran señales. Carajo, si ella entraba de alguna forma en esos sitios, desaparecía, lo presentía. O si yo entraba ahí, ella se quedaría sola en la ciudad y yo aparecería en cualquier lugar fronterizo. El razonamiento exagerado y los pensamientos negativos no me abandonaban ni en sueños. Ya cuando estábamos lejos de la tienda, sonó la alarma de seguridad y se escuchó a lo lejos la sirena de una patrulla. Nos comenzamos a reír. Me dijo que había valido la pena no aventarnos a las vías. Eso era igual a decirme que me quería, o que siempre le gusté, o igual a besarnos, o hasta coger.

Miré para atrás y vi que la calle se llenaba de más y más gente. Ya sentía el final muy cerca. También empecé a notar que en las calles que están sobre Madero, sí había gente caminando; pero nadie entraba a Madero desde el Eje Central. Por primera vez en mucho tiempo, quería mirar hacia adelante y no detenerme. No extrañaba el pasado porque irónicamente en ese escenario, me mostraba la realidad, mientras que mirar al futuro —o sea seguir caminando— era continuar en ese sueño. En Motolinía se nos apareció la muerte. A mi acompañante, le explicaba que en un día cualquiera, entendía que se trataba de una persona disfrazada a la que le entregas una moneda y te dice tu destino; aunque en este universo quien sabe. También le dije que tanto en esa calle como en Gante, hay una gran diversidad de gente caracterizada de personajes como pueden ser: Batman, Superman, Harley Quinn, Spider-Man y hasta el Chapulín Colorado, y varios más. Estos tienen una tarifa, y te puedes tomar una foto con ellos. A la muerte nunca le he dado una moneda, y esa no fue la excepción. A la Catrina se le ocurrió sacar un arma: un cuerno de chivo. Al tener el arma en sus manos, disparó hacia al cielo. Ahora estábamos dentro de una pesadilla. Corrimos, y la muerte nos empezó a perseguir. De pronto llegó Superman —me imagino que llegó desde Gante—, y con su visión de calor destruyó el arma. La muerte salió corriendo.

—¡Pinche Clark, no mames! ¿Dónde estabas cuando me asaltaron? —Fue lo primero que le dije a ese Superman, después de salvarnos. En sueños, también me perseguían los rencores y frustraciones.

—Pues trabajando. Me tomaba fotos con la gente
—me respondió aquel creíble Superman, de una forma muy amable.
No parecía que llevara un disfraz, él era Superman.

—Oye, ¡yo también quiero una foto! -Dijo ella.

—Sale, tomémonos una *selfie* —dijo amablemente El Hombre de acero.

Y así, nos tomamos una foto que sólo quedará guardada en nuestros recuerdos, porque en su celular, no encontrará nada jamás. Luego de su acto heroico, Superman se elevó, acercándose al Zócalo. Fue una gran escena ver su capa ondear junto a la bandera, justo en el centro de la plaza. Hizo un saludo, voló a mayor velocidad, y se fue. A pesar de todo, a mi me importaba un carajo descubrir una estación secreta, ver el centro de la ciudad en soledad, ver a la muerte fallar en su intento de llevarme, y ver a un héroe volar. Lo importante era vivir todo eso con ella, con mi amor inconfesable.

Capítulo 8

La aventura siguió. Caminamos por el tramo final de Madero y nos dirigimos hacia el Palacio de Bellas Artes. El espacio para atravesar el Eje Central siempre está lleno de gente y de ruido, pero en ese momento sólo se oían sus tacones en la calle. Al acercarnos al palacio, escuchamos a Juan Gabriel cantando Amor Eterno. Quizá de vez en cuando, él vuelve a la tierra y ese es uno de sus lugares favoritos. Terminamos de escucharlo, para luego dar un recorrido por la Alameda.

Mientras caminábamos veíamos restos de algodón de azúcar que formaban nubes. Tomé un bolígrafo que llevaba en el saco y comencé a darle vueltas en el aire, sobre los restos de algodón. Improvisé un algodón de azúcar más pequeño de lo normal, y se lo regalé.

Al caminar con ella no dejaba de pensar en varias cosas. Divagaba en que hay momentos que son más grandes que una declaración amorosa, y en que hay días monumentales donde un «te quiero», los termina arruinando. Estaba viviendo uno de esos días, en un sueño. Mientras divagaba me daba cuenta que su algodón no iba a ser eterno, y fue entonces que aparecieron los silencios incómodos, casi llegando al final de la Alameda, donde hay una estación de Metrobús. Ese nunca ha sido mi transporte favorito, pero es mejor a los microbuses. Dos camiones de color rojo, unidos, con paradas asignadas, siempre desparramándose de gente. Eso es el Metrobús.

Los silencios incómodos murieron cuando volteé a mi izquierda y miré el Metrobús circulando fuera de su carril, y además en sentido contrario. Iba bastante rápido, tenía alguno que otro vidrio roto, y estaba grafitado. Se encontraba sin pasajeros. Aquel camionsote llegó hasta nosotros y supe que era una de esas señales de «ahora o nunca» para los dos. Era un aviso para que ella por fin regresara a su realidad, y era un aviso para que yo hiciera algo. La tomé, no resistí más y la besé. Fui comprendiendo que en una situación como esa, era difícil recibir una cachetada. Ella se quedó impactada y sus ojos se volvieron más grandes y más bonitos de lo que son. Con la voz más temblorosa que cuando le tomé la mano en el Metro, le dije que me perdonara, que ya no me podía aguantar más. Siempre he creído que hay besos robados que no logran consumarse totalmente, y hay besos robados que son correspondidos. Afortunadamente ella se entregó por completo.

—Oye, lo siento mucho. Creo es el momento, debo irme —fueron las últimas palabras que le escuché después de aquel beso, y de quedarnos viendo fijamente, incrédulos por lo vivido.

Después de su despedida, subió al Metrobús, y este aceleró bruscamente mientras subía, lo que provocó que se le cayera un zapato. Observé como

se alejaba y luego fui a levantar el zapato. Me quedé muy triste con su tacón en mi mano mientras miraba la Alameda, ahora llena de gente. Tiré el tacón y desperté; bueno me despertaron.

—Oiga, joven, despierte, tiene que salir de aquí —me habló una persona que parecía ser trabajador del Metro.

—Sí, ¡está bien!, ¡está bien! —Le dije con el miedo y sorpresa que cualquiera tiene al ser despertado bruscamente.

—Acompáñeme por esas escaleras, para que pueda subirse al próximo tren.

—Oiga, ¿por qué no caminamos derecho, en lugar de ir arriba?

—Uy, joven, si le digo que hay al fondo, me cortan los güevos. Acompáñeme aquí arriba, ya para que pueda irse y no nos vayamos a meter en un pedo.

Aquel tipo me había dejado con la sensación de que sí había algo más, después de Cuatro Caminos. No era necesario que ese señor respondiera con tanto secretismo, pensé. Aunque al fin de cuentas no quedaba otra opción, únicamente la de hacerle caso y seguirlo para poder irme. Subí las escaleras y en el área de maniobras abordé el tren que estaba por salir. Me sentía estúpido. Tenía la manía, después del asalto que viví, de revisar constantemente las bolsas del pantalón o del saco. En mi bolsa derecha había un bolígrafo, lo saqué. Estaba pegajoso. Lo introduje en mi boca y sentí un sabor dulce. Se me escurrió una lágrima después de sentir el dulce en mi boca. Realmente eso no tenía lógica alguna. El tren no tardó mucho tiempo en llegar de los talleres a la estación. Seguramente las personas me veían como un pendejo, como le dije a ella que nos verían, pero claro, aquí en la realidad sólo me estaban viendo a mí. Ir lamiendo el bolígrafo que tenía reforzaba mi pendejismo. Cerré los ojos y me prometí no dejarla morir nunca. Escribiré historias de diversas mujeres con distinto nombre, con distinta vida; pero todas serán ella.

Fin.